

AMAUTA

Boletín extraordinario. — Lima, 16
de abril de 1930

HA MUERTO JOSE CARLOS
MARIATEGUI

“El más grande cerebro de América Latina, ha dejado para siempre de pensar. Ha cesado de concebir las ideas que tan valiente y enérgicamente propugnara. El proletariado acaba de perder uno de sus mejores guías, uno de sus más calificados portavoces. Intelectual proletario, cae en plena juventud, en plena acción heroica, legando a la clase a la cual sirvió devotamente, la herencia magnífica de su vida y de su obra.

“Muere en su fe materialista. Muere encarnizadamente perseguido como todo militante leal a la causa de la emancipación del proletariado. “Los grandes revolucionarios son objeto, durante su vida de constantes persecuciones por parte de las clases opresoras; sus enseñanzas provocan una rabia y un odio furiosos y ataques ininterrumpidos en los cuales desempeñan un papel principal la falsedad y la calumnia. Después de su muerte, se hacen tentativas para convertirlos en mansos corderos, para por decirlo así, canonizarlos, para rodear de gloria sus nombres con objeto de consolar a los oprimidos y engañarlos”.

“Mariátegui, su memoria, su vida, su obra, pertenece al proletariado. El reivindica para sí esta herencia. Sabrá defenderla de toda mistificación interesada, sabrá elevarla con el valor digno del hombre y del maestro.

“Cae sacrificado, dándose a su clase hasta su último instante, abrumado por su abnegación revolucionaria. Ha sabido oír la voz del proletariado mundial, ha obedecido el mandato de su momento histórico.

“Su vida es nuestro ejemplo, su obra, una inquebrantable afirmación, su cadáver, una protesta”.

Minutos después de que los restos de José Carlos fueran conducidos de la clínica Villarán a su domicilio en la calle Wáshington, su hogar se vió concurrido por una crecida cantidad de obreros, intelectuales, estudiantes que iban a testimoniar su dolor. Los obreros escoltaron durante toda la noche por turnos la caja mortuoria. Y al día siguiente, a partir del medio día la concurrencia fué creciendo teniendo que estacionarse en la calle frente a la casa. El proletariado organizó el desfile, constituyendo una guardia roja para controlar el orden del sepelio y el relevo de los obreros que portarian el ataúd. Se inició el desfile minutos antes de las 4 p. m. del día 17 de marzo, presidiéndolo la Confederación General de Trabajadores que portaba en alto su bandera con su inscripción. La concurrencia tomó el girón Wáshington hacia el Paseo Colón y antes de ingresar a este se elevó, dentro el seno de la concurrencia, en un arranque unánime, los sones metálicos de la Internacional, comunicando contagiosamente ese sentimiento sublime que expresan los acordes del himno proletario. El cortejo tomó luego el girón de la Unión y pasando por la Plaza de Armas se encaminó hacia el Cementerio, atronando el aire las voces de los trabajadores que por grupos y simultáneamente entonaban su canción. Seguía a la insignia delantera de la Confederación General de Trabajadores las de los otros sindicatos, cerrando el desfile la del grupo universitario “VANGUARDIA”. En todo el trayecto los obreros se disputaban el turno de la conducción del ataúd y el cortejo se iba acrecentando cada vez más con la incorporación de delegaciones y grupos de trabajadores q' daban el alcance, de manera q' al llegar al cementerio la concurrencia ascendía a varios millares.

Ya en el cementerio, y casi a obscuras, el delegado de la Asociación Nacional de Periodistas hizo uso de la palabra recordando breven-